

**El camino hacia Dios  
está sembrado  
de trampas  
o el mal  
de nuestro tiempo**

**CARLOS MARTÍNEZ ASSAD**

Cuadernos de la Coordinación de Humanidades  
Universidad Nacional Autónoma de México

**# 7**

**\$ 20.00**

Nunca como ahora el mundo se ha sentido tan amenazado; los asaltos terroristas atemorizan a todos, incluso a quienes se sentían a salvo por vivir en el mundo libre, en los países más desarrollados y poderosos. Con el ataque al World Trade Center, el 11/S, el odio alcanzó sus extremos; el terrorismo volvía para mostrar como novedades su capacidad destructiva y su uso como táctica de lucha contra el hermano, “el otro”, el que estaba allí pero había sido ignorado. Carlos Martínez Assad traza en este cuaderno la genealogía de la islamofobia, explica el desafiante uso del velo y se adentra en la historia del jehadismo. Señala cómo avanza la sombra del mal y nos advierte que para enfrentarlo debemos conocer la matriz que lo engendra.



Carlos Martínez Assad, doctor en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en la Universidad de París, es investigador emérito de la UNAM, miembro del Instituto de Investigaciones Sociales y profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra Universidad. Desde hace varios años se ha ocupado de cuestiones como la diversidad religiosa, las representaciones culturales en México, o la situación de los migrantes, tanto en nuestro país como en el Medio Oriente. Ha escrito libros de ensayo y novelas entre los que destacan *Memoria del Líbano* (2003), *La ciudad de México que el cine nos dejó* (2008 y 2010), *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes* (2010), *Los cuatro puntos orientales. El regreso de los árabes a la historia* (2013), *Laicidad y educación* (2013), *La casa de las once puertas* (2015). Ha merecido múltiples distinciones como el Premio Universidad Nacional (1997), la Presea al Mérito Histórico Vito Alessio Robles (2005), el Premio Nacional de Ciencias y Artes (2013); y la beca Guggenheim (1991) y el Acknowledgment Award de Notre Dame University Louaizé, en Líbano (2010).



El pasado se reconstruye; el futuro se construye. *Coordenadas 2050* busca contribuir al acercamiento entre la gente joven y las grandes voces de la investigación en ciencias sociales y humanas. Se trata de textos breves a cargo de especialistas en alguna de las casi trescientas áreas que se investigan en el subsistema de Humanidades de la UNAM, así como de otras entidades académicas.

La construcción de una idea de *futuro* viable, tangible, es uno de los temas permanentes en todas las áreas del conocimiento. ¿Tiene porvenir la humanidad? ¿Tiene alternativas el planeta?... Esta nueva colección de cuadernos universitarios invita e incita, tanto a los autores como a los lectores, a imaginar ese futuro y no ahogarse en las circunstancias del momento.

1. *La interdependencia dialéctica  
entre las personas y la comunidad*  
Juliana González
  
2. *De la Revolución a la armonía.*  
*Diario de un viaje de estudios a China*  
Roger Bartra
  
3. *Visión panorámica del constitucionalismo en el siglo XX*  
Diego Valadés
  
4. *En la senda de la profesionalización femenina 1867-1929*  
Lourdes Alvarado
  
5. *Justicia distributiva y pobreza*  
Paulette Dieterlen
  
6. *Ejercicio de arqueología literaria*  
Fernando Curiel
  
7. *El camino hacia Dios está sembrado de trampas  
o el mal de nuestro tiempo*  
Carlos Martínez Assad
  
8. *Lenguas y gramáticas de Mesoamérica*  
Ascensión Hernández Triviño
  
9. *La marca indeleble de la cultura*  
Sara Sefchovich
  
10. *Flor y canto. Otra forma de percibir la realidad*  
Miguel León-Portilla





El camino hacia Dios  
está sembrado  
de trampas  
o el mal  
de nuestro tiempo

Carlos  
Martínez  
Assad



**COORDENADAS 2050**

Cuadernos de la Coordinación de Humanidades  
Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Martínez Assad, autor

*El camino hacia Dios está sembrado de trampas o el mal de nuestro tiempo*

Primera edición

32 páginas.—(Coordenadas 2050; 7)

ISBN 978-607-02-XXXX-X

Tema I. Carlos, Martínez Assad, autor. II Serie

CLAVE

CLAVE LIBRUNAM

Dr. Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Dr. Alberto Vital Díaz  
*Coordinador de Humanidades*

Malena Mijares  
*Coordinadora de Divulgación y Publicaciones  
de la Coordinación de Humanidades*

Diego García del Gállego  
*Secretario Técnico del Programa Editorial  
de la Coordinación de Humanidades*

*Coordenadas 2050*

Diseño de portada y diagramación de interiores: Pablo Rulfo  
Coordinación editorial: Francisco Noriega

Primera edición: septiembre de 2016

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán, 04510 Ciudad de México

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES  
Programa Editorial

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN 978-607-02-XXXX-X

Impreso y hecho en México



# El camino hacia Dios está sembrado de trampas o el mal de nuestro tiempo

---

*En una de las escenas del filme Timbuktu de Abderrahme Sissako (2014), tres hombres armados llegan a una mezquita:*  
—“Por qué entran así. No se puede entrar en la Casa de Dios con zapatos y con armas. Eso no está bien,”—afirma un feligrés,  
—“¡Nosotros podemos. Hacemos la jihat!” Le responden.  
—¿Ustedes hacen la jihat y quieren hacerla aquí? ¿En la Casa de Dios?”, pregunta, para luego añadir contundente: “Aquí en Timbuktu, quien se consagra a la religión, lo hace con la cabeza, no con las armas. Es la hora de la plegaria y queremos orar con serenidad. Les suplico que salgan”. Los hombres armados abandonan el lugar.

## El Occidente y el mundo musulmán

Nunca, como ahora, el mundo se siente amenazado, los asaltos terroristas atemorizan a todos, incluso quienes se sentían a salvo por vivir en el mundo libre, en los países más desarrollados y poderosos. Pero no fue acaso en Nueva York donde comenzó la alarma aquel 11 de septiembre de 2001; sí, porque previamente el terrorismo —salvo algunos casos— asolaba regiones alejadas de ese paraguas que cubre Occidente.

El terrorismo se inició en el interior de los “otros” países, aquéllos que Occidente consideró diferentes, con valores extraños, aceptables sólo cuando eran exóticos, pero incapaces de entender y organizarse en los marcos de la democracia entendida de manera limitada casi exclusivamente como el sistema que permite la elección de sus autoridades. Ahora se ha sumado la defensa de los derechos humanos, pero su constante mención sólo supone la condena de Occidente a aquellos países con los que no comparten ni valores ni intereses económicos y políticos. La estrategia del mundo globalizado lleva a los países hegemónicos a salvaguardar a los que contribuyen en la defensa de sus propios intereses; muchas veces sin importar que sean los causante de profundos problemas sociales.

El mal se salió del control cuando el terrorismo rompió las fronteras de su conveniencia. Es como si el caos inicial volviera, luego de que los dioses habían ordenado y separado la luz de la oscuridad. Ya en el antiguo Egipto el dios Shou mantenía el equilibrio del mundo al sostener la cúpula celeste a distancia de los hombres para impedir la catástrofe. Ese mito retomado por Rüdiger Safranski en *El mal o el drama de la libertad* (Tusquets editores, México, 2013, p. 17), podría tomarse como un antecedente del mundo que normará la civilización cristiana, con un dios poderoso capaz de poner orden en el caos, sin dejar de infringir al hombre el mal que lo acompañará desde su nacimiento, según el mito fundador de Adán y Eva, en el tratado teológico de san Agustín.

Allí estaba el origen del mal en ese remoto pasado heredado generación tras generación, aunque a diferencia de san Pablo, con el obispo de Hipona, se mostraba el camino para salir de la oscuridad, aun cuando el género humano tiene origen en Caín ¿por qué Dios quiso que los hombres vinieran de esa estirpe y no del bueno Abel? Y es que Debía cargarse con la culpa de ese pecado primigenio de disputarle a Dios porque le dio al hombre el libre albedrío. Y, como afirma Peter Sloterdijk, en *Los hijos terribles de la edad moderna* (Siruela, España, 2014, p.12): “Si estamos en el mundo es porque no fuimos dignos de permanecer en un lugar mejor”. En ese sentido, todos somos exiliados porque fuimos arrojados por un castigo ejemplar que, sin embargo, no logró redimir la culpa, sino al contrario, llevarla por siempre sobre los hombros. Así la tremenda doctrina de san Agustín “...provocó un ensombrecimiento del que el mundo occidental sólo va recuperándose dubitativamente hasta el día de hoy”. Y algo de optimismo debe permanecer si para el santo “el mal no tiene la eternidad ni el poder del bien”, según el autor antes citado.

Cómo se relaciona todo esto con la ira, la cólera y la indignación que, según Sloterdijk han cobrado más fuerza en nuestro tiempo. Y para él, el islamismo no es sino un banco local de ira. Pero acaso los coléricos son solamente quienes profesan esa fe o se trata de un sentimiento que atraviesa el mundo sin importar la religión o las creencias de quienes incurren en esa fuente de la maldad.

Ahora los intercambios culturales son tan numerosos como constantes, sus trayectos más visibles y más rápidos. La televisión cubre el acontecer de todos los países del mundo y la virtualidad que, a través de la electrónica, ha significado una verdadera revolución cultural por el vasto acceso informativo al que se tiene alcance a través de las redes que enlazan el mundo principalmente por medio de las imágenes. Un ejemplo notable es la saga cinematográfica *La guerra de las galaxias*, filmada por el entonces muy joven George Lucas; se estrenó en 1977 provocando una cauda de seguidores con 97'300,000 sitios citados tan sólo en el buscador Yahoo.

Y las imágenes transmitidas arraigan de forma arrasadora, convirtiendo sus virtudes en valores negativos, tal como se puede rastrear por ejemplo en el cine y la televisión. El grave atentado terrorista contra el World Trade Center, el 11 de septiembre de 2001 (11/S), fue convertido en un hito en la historia. Todo el planeta atestiguó por televisión la destrucción de las Torres Gemelas —conocidas así por tratarse de dos esbeltas estructuras arquitectónicas—, instalaciones emblemáticas del mundo globalizado. Los aviones que impactaron contra los altos edificios cayeron del cielo para crear un infierno. En unos minutos perdieron la vida miles de personas; en el siglo XXI el odio alcanzó sus

extremos. El voyerismo tuvo su mayor expresión con la manipulación de esas imágenes cuya velocidad fue ralentizada para que los espectadores no perdieran detalle alguno. Se tocaron realidad y ficción según Pablo Francescutti (*La pantalla profética. Cuando las ficciones se convierten en realidad*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2004), las imágenes mostraron algo semejante a lo que habíamos visto en el cine estadounidense de desastres. La escena de la destrucción fue repetida en numerosas ocasiones, en particular el avión estrellándose en la segunda torre, dice Slavoj Žižek, parecía filmada por Hitchcock (*Bienvenido al desierto de lo real*, Akal, Madrid, 2002, p. 17).

El terrorismo, un mal que parecía confinado a otro tiempo, volvía para mostrar como algo nuevo su capacidad destructiva. Y lo más extraordinario, ahora entre las novedades del terrorismo, destacó su frecuente uso como táctica de lucha contra el hermano. Aunque históricamente el terrorismo estuvo vinculado a la lucha contra los poderosos en Occidente, o de personas perturbadas, y Estados Unidos ofreció varios casos, ese espacio era cubierto por islamistas que conformaban “el otro”, el que estaba allí pero había sido ignorado.

El cine producido en ese país puso de manifiesto la dicotomía simplista de los buenos y los malos; cuando atacan los alienígenas en la más reciente versión de *La guerra de los mundos* (2004) de Steven Spielberg, ante la inminencia del ataque, la niña pregunta aterrorizada al padre “¿Son los terroristas?”. Sí, se entendía que el terrorista y el extraterrestre son lo mismo, aquello que produce miedo. Desde Occidente, el mundo libre, representado por los héroes estadounidenses, triunfó siempre sobre el oscurantismo de los diferentes: quienes hablan otra lengua, su piel tiene color y profesan religiones que, según los de esa parte del mundo, fomentan la guerra.

Esas representaciones están por todas partes, las vemos todos los días, de forma esquemática se condenan las reacciones de los musulmanes cuando se critica, no a su religión, sino a su fundador. Es decir, muchas veces los medios para vender sus productos recurren a algo que de antemano se sabe, causará una fuerte reacción. Ha sucedido cuando se toma la figura de Cristo, pero ahora la crítica se focaliza hacia Mahoma alegando la libertad de expresión. Pero el argumento no ha alejado las reacciones que provocan los diarios cuando caricaturizan a Mahoma sin importar la ofensa a sus millones de seguidores. Y no han faltado voces que desde Occidente han pedido respeto por el islam y lamentan que se hirieran los sentimientos de los musulmanes.

Aunque la cuestión ha dado origen a un debate sobre la esencia del liberalismo y de los valores republicanos, alude a la observancia del respeto y la tolerancia entre ideologías que se distancian en lugar de aproximarse. La avalancha de información que se ha producido no consideraba dos cuestiones de primordial importancia: a) la explícita prohibición del islam a la representación de sus figuras religiosas en una herencia directa del judaísmo que se ha negado a representar a Dios, a diferencia del cristianismo y la profusión de imágenes del catolicismo; y b) los valores de identidad de los musulmanes en torno a lo religioso y, particularmente, al profeta Mahoma.

Ha corrido ya mucha tinta sobre todos esos hechos y sus consecuencias, pero lamentablemente el asunto no acaba de terminar. Y años después de la reacción provocada por las caricaturas de Mahoma, un brutal asalto tuvo lugar el 7 de enero de 2015, cuando los hermanos Kouachi ingresaron al semanario satírico *Charlie Hebdo* de París,

buscando al caricaturista Renal Luzier, el creador de unas viñetas que el semanario había venido publicando; no lo encontraron así que realizaron una masacre de las personas que hallaron a su paso. Era increíble, de nuevo unas caricaturas del profeta Mahoma, que el semanario se animó a publicar pese a todos los antecedentes porque el caricaturista había reiterado el mismo tema, siguió haciéndolo pese a las reacciones que provocaba y, ya en noviembre de 2011, fanáticos islámicos habían incendiado las oficinas del diario. Ante la magnitud de los hechos, las reacciones para condenar a los agresores —con razón justificada— corrieron por todas partes.

La cuestión a plantear aquí es ¿por qué desde el Occidente de valores liberales se continúa pensando que no puede haber cortapisas a la libertad de expresión aun cuando ésta de lugar al despliegue de la intolerancia desde ángulos diferentes y aún más, instigue a acciones que no debían ser llevadas a cabo? Sin embargo, no hay certeza que se aplique de la misma forma respecto a todos los problemas. Yamal Jashogui, director del periódico saudí *Al Watan* fue despedido en 2003 por publicar una viñeta con “la caricatura de un terrorista suicida con una ristra de cartuchos de dinamita amarrados a la cintura en uno de los cuales se leía “FETUA”, cuenta Neil MacFarquhar (*Hezbollah le desea feliz cumpleaños. Encuentros inesperados en Oriente Próximo*, Turner, Madrid, 2010, p. 160.) En ese caso no se refería al profeta, y, en cambio, se critica la confusión de lo religioso con una acción terrorista en el marco de un país islámico.

Sobre el atentado a *Charlie Hebdo*, el filósofo Slavoj Žižek trató de ir más allá para interpretar, y no sólo condenar, la acción terrorista con la que estuvo totalmente en desacuerdo: “Si los llamados fundamentalistas en verdad creyeran que han encontrado su propio camino hacia la verdad ¿por qué tendrían que sentirse amenazados por los no-creyentes, ¿por qué tendrían que envidiarlos?” Y agregaba “¿Qué tan frágil debe ser la creencia de un musulmán si se siente amenazado por una estúpida caricatura publicada en un diario satírico semanal? El terror fundamentalista islámico no está basado, de parte de los terroristas, en la convicción de su superioridad y en el deseo de salvaguardar su identidad cultural y religiosa de la arremetida global de la civilización consumista”. (“¿En verdad los peores rebosan de una apasionada intensidad?”, *Presente*, México, 12 de febrero de 2015).

## Musulmanes vs islamistas

En nuestro tiempo y observando lo que ha sucedido en el mundo árabe-musulmán, debe quedar clara la distancia que existe entre un musulmán y un terrorista. No puede atribuirse a quienes profesan una religión el fomento del terrorismo y la correlación tiende a fomentarse. En el fondo, desde hace mucho tiempo, los valores del islam se han considerado en Occidente con cierto desprecio, hasta Cortés llamó mezquitas a las pirámides-centros ceremoniales en México, al no encontrar otro parangón más alejado del cristianismo. Para Lutero, la expansión del islam fue considerado un castigo contra los

pecados de los cristianos; Dante puso a Mahoma en el infierno y más recientemente ha habido manifestaciones de ese mismo desprecio.

Hay que entender que la preocupación en Occidente parte de que, en los hechos, el crecimiento del islam les resulta alarmante y cuando se habla de ello no logra diferenciarse entre un musulmán y un terrorista, cuando en la historia puede fácilmente demostrarse que existieron terroristas con un ideario laico, por ejemplo el ETA en España o las Brigadas Rojas en Alemania.

El temor generado por los atentados, primero de Al-Qaeda, ha sido importado de Estado Unidos a Europa que, con la aparición del Ejército islámico de Iraq y Levante (Daesh o Isis, por las siglas en inglés), lo reforzó al difundirse el sentimiento de cruzada difundido desde de la primera guerra de Iraq o del Golfo. Algo que reavivó el pasado colonial tanpreciado por las potencias y tan detestado por los pueblos que lo sufrieron.

Europa ha encontrado sus mecanismos para esa alarma al asimilar a los terroristas con los musulmanes de acuerdo con la información. Reforzada con las estadísticas y procesos recientes que muestran el crecimiento del islam en los países europeos. El hecho es que, de 200 millones de musulmanes en 1900, se pasó a 1188 en 2005, y al comenzar el siglo XXI sumaban ya 1620 millones. Quizás resulta exagerado calcular un aumento de 500 millones, pero sin duda se ha tratado de un fuerte crecimiento en apenas un lustro, que no es casualidad; coincidió con los años del presidente George W. Bush, afirmó Salvador Capote (“Cuba y las relaciones Vaticano y Estados Unidos”, *Alai-Amlatina*, 12 de abril de 2012). Si dicho incremento se debe a las conversiones, hay que analizar el tema como el fenómeno sociológico de nuestra época.

Abruma a los europeos el incremento de musulmanes y de mezquitas en países como Alemania, Francia y España. Asociado con la migración de turcos en el primero y de argelinos en el segundo, mientras que en el tercer país predominan los de origen marroquí, y como en otros de los países europeos, los conversos son cada vez más. Se dice ya que se está formando un islam español, pero a lo mejor podría hablarse de uno europeo. Un fenómeno social que puede resultar más profundo que el cuestionado asimilacionismo francés o el multiculturalismo del Reino Unido.

A la presencia de subsaharianos, senegaleses, paquistaníes y palestinos, han venido en aumento los sirios por la guerra que, desde 2011, asola su país de origen con amplias repercusiones sociales en Europa por el gran número de refugiados. Algo importante de señalar es que ya hay una segunda generación de musulmanes españoles que suman unos 200 mil adolescentes y niños que nacieron en Europa o llegaron siendo pequeños. Por lo general, se encuentran ocupados en la construcción, en las tareas agrícolas y las mujeres como empleadas domésticas. Y hay, entre ellos, varios que han sido atraídos por el fundamentalismo islámico.

Es digno de destacar que, entre sirios y palestinos, hay un alto porcentaje de profesionales médicos que llegaron a España en la década de 1970, cifra que va en aumento desde el comienzo de la guerra. El asunto se vincula con los cambios demográficos y con algo extraordinario que está sucediendo: la caída del crecimiento de la población nativa en Alemania, provoca que la tendencia permita proyectar que, para 2050, ésta será una nación musulmana. En el sur de Francia existen más mezquitas que iglesias católicas y ya 38 por ciento de niños y jóvenes hasta los 20 años son musulmanes, lo que hace suponer

que el islam será la religión mayoritaria en 39 años; y, en los Países Bajos, el 50 por ciento de los recién nacidos son musulmanes.

La tasa de crecimiento en esos países musulmanes fue de 2.2 por ciento anual entre 1990-2010, y ahora está en el 1.5 por ciento, cifra que se mantendrá hasta 2030. Aún con esas tendencias a la baja, sumando los más poblados, los musulmanes serán 2 200 millones en 2030, es decir 600 millones más que en 2010, lo que apenas representará el 26.4 por ciento respecto al actual 23.4 por ciento, según el Foro Pew sobre Religión y vida pública de 2011.

La tasa de crecimiento de los países árabes ha descendido por la caída en las tasas de fertilidad al aumentar la educación, en particular, la de las mujeres. En los seis mayores países musulmanes que juntos suman una población de 800 millones, las tasas de natalidad han caído en los últimos años:

	1990-1995	2000-2005
<b>Indonesia</b>	2.9	2.0
<b>Pakistán</b>	5.7	3.6
<b>Bangladesh</b>	4.0	2.2
<b>Turquía</b>	2.9	2.1
<b>Irán</b>	4.0	1.7
<b>Egipto</b>	3.9	2.7

Tienen tasa de natalidad más alta países como Bolivia (3.3 por ciento), Filipinas (3.7 por ciento) Guatemala (3.7 por ciento) y Honduras (3 por ciento). En 2030 alrededor del 60 por ciento de los musulmanes vivirá en la región Asia-Pacífico, el 20 por ciento en Medio Oriente y el 17.6 por ciento en África Subsahariana, el 2.7 por ciento en Europa y el 05 por ciento en América. Pakistán superará a Indonesia como el país de mayoría musulmana, y le seguirá India.

Asociado a la cuestión de la caída en las tasas de fecundidad, otro punto que apunta a la secularización en los países musulmanes, es el que concierne a la investigación genética. En Emiratos Árabes Unidos se ha establecido el Centro de la Fertilidad en Al Ain, con laboratorios de alta tecnología cuyo objetivo es “detectar el riesgo de enfermedades genéticas y lograr embriones que permitan el nacimiento de niños sanos”. (*El País*, 12 de marzo de 2015). Y es que la tasa de fertilidad se ha reducido de 4.4 hijos por mujer en 1990 a 1.82 en 2012. Esto es importante porque la apertura de centros de fertilidad está asociada con la inseminación en la que trabajan embriólogos; esto quiere decir mu-

jeros que aceptan que a sus óvulos se les implanten embriones. Todo tiene la finalidad de evitar no sólo la infertilidad sino que nazcan niños con enfermedades congénitas.

Han sido diferentes las reacciones al crecimiento del islam en Europa, Suiza votó en forma masiva en noviembre de 2009 en contra de la construcción de minaretes en las mezquitas. Votantes de izquierda y de derecha expresaron así su punto de vista ante una iniciativa que fue condenada internacionalmente. Sin embargo, países como Italia, Holanda, Bélgica y Dinamarca quieren imitarla y las reacciones han sido, en ocasiones, violentas. Para los conservadores, siguiendo los argumentos de Samuel P. Huntington de *El choque de civilizaciones*, los musulmanes deben adaptarse a los europeos y no al contrario. El verdadero problema es que muchos no aceptan que los musulmanes no están de paso, sino que se trata de un proceso histórico que les hará quedarse. No se puede ocultar lo que sucede, en varias ciudades donde los inmigrantes son más de 30 por ciento, las encuestas revelan que 57 por ciento de los europeos opina que en su país “hay demasiados extranjeros”. En Italia, Francia, Reino Unido y Alemania son más los no integrados, al contrario de Estados Unidos y Canadá donde los porcentajes son superados por los integrados. Según las encuestas, la construcción de mezquitas ha generando reacciones encontradas en Londres, Sevilla, Copenhague, Rotterdam y Colonia.

En 2008 la comunidad musulmana en Italia, de 1'300,000 miembros, mostró su inconformidad por la detención de dos ciudadanos marroquíes en Milán, sospechosos de preparar atentados terroristas. Según el ministro del Interior Roberto Maroni, “el terrorismo islámico está anclado en Italia [y] no es fácil distinguir entre los lugares de culto y ciertas asociaciones donde se hace de todo, dar comida, rezar y también reclutar terroristas y financiar la preparación de atentados”. En ese ambiente, la Liga Norte, partido reconocido por su xenofobia, presentó una iniciativa en el Parlamento para prohibir temporalmente la construcción de mezquitas y centros culturales debido a que, explicó, las mezquitas “se multiplican como champiñones”. Izzedine Elzir, presidente de la mayor asociación musulmana de Italia, replicó con indignación que las mezquitas son “lugares de encuentro y de paz que facilitan el trabajo a las fuerzas del orden” (*El País*, 5 de diciembre de 2008).

Tan sólo en Milán hay cien mil musulmanes que no disponen de una mezquita, por ello el arzobispo Dionigi Tettamanzi ha solicitado a las autoridades durante años lugares de culto para las religiones minoritarias. Ha heredado el espíritu integrador del cardenal retirado Carlo Maria Martini, quien decía: “Todos tienen derecho a practicar su fe en el respeto a la legalidad. La ausencia de mezquitas es un problema grave y se debe resolver ya”. Por otra parte, no puede dejar de mencionarse la denuncia de imanes que se dedican en su prédica a divulgar el islamismo radical que en algunos países, como en Francia, ha llevado a su expulsión.

La oposición para construir recintos de culto también se ha expresado en Estados Unidos y al conmemorarse un aniversario más de la tragedia del 11 de septiembre de 2001, surgió la polémica en torno a la construcción de una mezquita en la Zona Cero. Fue muy criticado el presidente Barack Obama al opinar favorablemente. El parlamentario holandés y xenófobo Geert Wilders hizo un llamado a los estadounidenses para que impidan “la construcción de una casa de la *sharia* en un cementerio sagrado. No permitamos que Nueva York se convierta en Nueva Meca”. (*El País*, 12 de septiembre de 2010).

En el mismo sentido se expresó la agrupación Stop Islamization of America y Freedom Defense Initiative, para impedir se llevara a cabo la propuesta del imán Abdul Feisal Rauf de construir ese centro islámico. No obstante, el presidente envió al imán a Oriente Próximo a tender puentes entre la comunidad islámica de Estados Unidos y los musulmanes moderados del mundo árabe. En la manifestación de la organización anti-musulmana los asistentes alzaban pancartas en contra del presidente: “No a la mezquita de Obama” y “Obama musulmán”. El proyecto fue suspendido.

## El desafiante uso del velo

Para enfrentar esas reacciones de islamofobia, las mujeres musulmanas han recurrido al velo. Allí está la cuestión de la identidad para hacer frente a ese fenómeno que se ha desatado en Occidente, con la ganancia de obtener respeto en la calle. Sin embargo, quizá la mayoría ni siquiera tiene la opción de llevarlo o no, aunque muchas lo deciden libremente. En Occidente se piensa que el uso del velo es una imposición y efecto del machismo de los musulmanes que, sobre todo del ayatola, se lleva al extremo por la difusión de las prácticas impuestas por los Talibán en Afganistán y por los fundamentalistas del Jomeini en Irán. Poco se dice de las árabes saudíes que ni siquiera pueden asistir a un estadio de fútbol porque los jugadores enseñan demasiado de su cuerpo. Apenas algunas mujeres han conseguido se les permita conducir un auto.

Hay que conocer la opinión de Hebba Aref y Shiman Abdelfadeel, a quienes se impidió subir al podio en un mitin en 2008 de Barack Obama, para evitar se fuese a pensar en algún vínculo del candidato del Partido Demócrata estadounidense con las sumisas musulmanas a quienes los varones las obligan a portar el velo. El debate de hace unos años en Francia volvió a la palestra porque el diputado André Gerin de Rhône propuso, todavía en 2010, examinar la situación de 1,900 mujeres que llevaban oficialmente el velo integral (*burka* o *niqab*) y además calificó la prenda de mortaja. Dicho diputado se ha propuesto regular la prenda y propuso no se tolere en los servicios públicos. Por su parte, Nicolas Sarkozy, cuando era presidente de Francia, consideró el velo “signo de servidumbre y un agravio a los valores de la República francesa y para las mujeres. En enero de 2010 el imán Hassan Chalghoumi, de Drancy, abogó por la prohibición de la *burka*, pero “debe ser asociada a un trabajo pedagógico como se hizo en 2004 con la ley sobre el velo”. Recordó que el velo integral no es una prescripción sino “una cárcel para mujeres”. (*El País*, 27 de enero de 2010).

Volver a llevar el velo fue una propuesta del ayatola Jomeini con exitosa aceptación por parte de las mujeres en Irán luego de la salida del sah en 1978, proceso calificado como revolución islámica. El velo del que ya se habían desprendido por el laicismo impulsado por el sah, después de su caída tuvo buena acogida por lo que significaba en el proceso de identidad que se iniciaba, aunque se dieron manifestaciones en contra. Quizá comenzó entonces esa vuelta a lo religioso en esa región, coincidente



con algo más o menos semejante en los países occidentales, aunque sean otras las pautas del conservadurismo. ¿Alguien conoce una representación de la Virgen María con la cabeza descubierta? (cuentan que la virgen de Juquila en Oaxaca), ¿A quién la parece insólito una monja con cofia? Pero nada es tan visible como el atuendo de las mujeres, más evidente aún porque en Turquía se calcula ahora que 65 por ciento de las mujeres ha vuelto al uso del velo. Pero, por si no fuera poco, la proporción de inmigrantes en Europa ha provocado que sean más notables las mujeres que van veladas en Francia. Según los especialistas se trata de un movimiento minoritario que ha ido en aumento, según Lucette Valensi (“L’islamiste, la femme, le voile et le Coran”, en *L’Histoire*, núm. 281, noviembre de 2003, p. 56). No deja de ser paradójico que recientemente una familia que llegó a Estados Unidos procedente de Turquía, opinó que su decisión de llevar la cabeza cubierta se debe a que en su país las mujeres no pueden usar el hijab, lo que les impide comportarse como musulmanas, pero en su nuevo destino ya pueden hacerlo. Todo esto, sin embargo, se ha ido revirtiendo con el gobierno conservador de Erdogan en Turquía.

“Mientras parte del feminismo occidental ha convertido el velo en símbolo de sumisión, las mujeres musulmanas, progresistas y conservadoras, se quejan de la obsesión por un trozo de tela que consideran parte de su cultura que —aseguran— nadie les impone ni les quita derechos.”, afirma Ana Carbajosa (“Más musulmanas con velo. ¿Por qué quieren?”, en *El País*, 28 de junio de 2008). De allí, la postura contundente de algunas de ellas puede resumirse en la frase: “Las mujeres musulmanas llevan velo porque les da la gana”.

La aparición del burquini en Europa dio lugar a otra polémica de las que suelen acompañar a la mujer que se cubre la cabeza, así el bañador de neopreno dejando solamente cara, manos y pies descubiertos, ha entrado en un terreno semejante al del velo. El invento de la libanesa australiana Aheda Zanetti desde 2004 buscaba la comodidad de las mujeres que se bañaban con incómodas vestimentas y velo. Aunque ahora se trata de las avezadas casas comerciales que ofrecen ese producto a las mujeres musulmanas usan la leyenda “no hay reglas en la moda”. La banalización del atuendo resta importancia a la posible explicación religiosa; sin embargo, la prohibición de las autoridades francesas le otorga más importancia de la que tiene y ya hasta el presidente de Estados Unidos opinó por qué un gobierno tiene que decidir sobre el vestuario de las mujeres. Aun el alegato a favor de la seguridad no parece justificar la posición del gobierno francés.

El asunto refuerza la idea de que el velo no es completamente religioso, pasa también por la identidad y las esperanzas que esos procesos han despertado. Antes de lo que de inmediato Occidente llamó la primavera árabe de 2010, sucedió con la revolución islámica que derrocó al régimen del sah en 1978, como lo mostraron Michel Foucault y otros pensadores. Entonces, no se adivinaban las consecuencias del fundamentalismo islámico que se iniciaba al poner fin a un proceso modernizador.

El debate sobre la enseñanza religiosa no está alejado del uso del velo, en España, quizás uno de los casos más representativos, sucedió cuando la marroquí Fátima Hssisni no aceptó despojarse del velo para declarar como testigo contra nueve acusados de pertenecer a al-Qaeda. “El magistrado Javier Gómez Bermúdez le explicó que para valorar su

testimonio y su credibilidad era imprescindible ver su rostro. Llegaron a un acuerdo: ella aceptó descubrirse si no había público”, según *El País* del 27 de enero de 2010.

En general los conflictos se han suscitado más por el uso del *hijab*, del pañuelo, como ha sucedido en numerosas ocasiones, por eso no resultó extraño el caso de Fátima Elidrisi, cuya matrícula fue negada en un colegio de monjas en Madrid en febrero de 2002, cuando tenía 13 años. Las autoridades tuvieron que mediar y fue enviada a una escuela pública en San Lorenzo de El Escorial y aunque la directora estaba en contra, fue obligada por la Comunidad de Madrid a aceptarla con todo y pañuelo. En 2005 acabó su educación obligatoria “con su *hijab* anudado al cuello. Desde entonces, en el instituto permiten a las alumnas musulmanas acudir con el pañuelo a clase”.

Es difícil entender en otros países occidentales por qué puede provocar tantas reacciones el uso y prohibición del velo entre las mujeres musulmanas en Francia, sobre todo cuando no se trata de una prescripción contundente del Corán. Pero quizá más difícil de entender es por qué después del amplio proceso de secularización que se dio en los países islámicos durante el siglo xx éste terminó con una vuelta a exigencias que parecían superadas. En 1832 el virrey Mehemet Alí autorizó una escuela de medicina reservada para las mujeres. Varias expresiones de occidentalización fueron aceptadas en los países musulmanes a partir de entonces.

El movimiento más amplio de laicidad en el mundo islámico se desarrolló en Turquía gobernada por Kemal Atatürk en 1920; en 1947 en Marruecos el sultán Mohammed V presentó a los notables a su hija Aisha sin velo; en Túnez el uso del velo se redujo con las medidas que introdujo Habib Bourguiba a partir de 1956, cuando las mujeres entraron en masa a la educación; la amplia participación que generó la propuesta de Gamal Abdel Nasser desde Egipto también alcanzó a las mujeres, pero la necesidad de reforzar la identidad árabe hizo volver a usos sociales que las identificaban. Aún así, es frecuente que la reina Rania de Jordania aparezca en público sin cubrirse la cabeza.

Según Occidente han aparecido movimientos que cuestionan los principios esenciales de la igualdad y de la libertad; y el más imperdonable ha sido el régimen Talibán en Afganistán. Allí no sólo se recurrió al *hijab* más usual sino a la *burka* que cubre a la mujer de la cabeza a los pies, dejando apenas unos visillos, a la altura de los ojos, impuesta por las autoridades entre 1996 y 2001. Por supuesto, allí se constriñeron, como en ningún país árabe o islámico, todas las libertades de las mujeres, aunque también los varones debieron aceptar muchas prohibiciones, si bien éstos podían burlar la vigilancia.

La vuelta a lo religioso y a su manifestación más ostentosa entre los musulmanes puede explicarse por dos cuestiones opuestas entre sí; por un lado, la escasa inserción de los procesos impuestos desde arriba como el laicismo orientado por una modernización implacable que no alcanzó a todos los sectores sociales y, por la otra, la de asumir la defensa del Edén sitiado.

Por todo esto, fue la novela *Nieve* (2002) de Orhan Pamuk, lo que resultó el mayor atractivo para que el jurado del Premio Nobel de literatura lo eligiera para otorgarle ese premio. Un elemento a considerar fue la discusión en la novela entre la religiosidad y el laicismo en la Turquía tradicional, a donde debe ir el periodista protagonista a escuchar hablar de guerrilla separatista, de jovencitas que se suicidan sin dejar indicio alguno. La explicación de lo que sucede en esa región del país es tan sencilla como in-

verosímil; las jóvenes se suicidan, aunque es imposible entenderlo, porque no pueden ingresar al salón de clases sin el pañuelo, como si tuvieran que llevar el símbolo del islam político sobre la cabeza. Sólo un laico como Pamuk puede encontrar en el tema motivo para su relato, pero conoce bien las argumentaciones que realizan los tradicionalistas y los modernos.

En la novela, un personaje, cual terrorista, asesina al director de la Escuela del Magisterio por su impedimento en contra de las jóvenes pero antes de hacerlo, le pregunta: “¿Cómo puedes compaginar esa orden de Dios con su prohibición de que nuestras jóvenes vayan cubiertas a la escuela?”. La réplica del profesor con bases materiales, dan pauta para que el asesino vuelva a cuestionar “¿por qué impide con la excusa del laicismo que nuestras jóvenes creyentes, que lo único que hacen es cumplir con sus obligaciones religiosas, vayan a clase?”.

La polémica que atraviesa *Nieve* es de imposible solución, tal como sucede en el ámbito internacional polarizado en un Occidente y un Oriente ficticios, contruidos por los intereses económicos, individualistas, fronterizos, confrontados por ideologías igualmente insostenibles, acicate para el distanciamiento forzado porque al final ni europeos ni turcos podrán entender que las mujeres ficticias de la novela se suicidaban por orgullo. El suicidio es condenable en el islam, quienes lo cometen no pueden encontrar el perdón, he ahí la contradicción de quienes encuentran en la inmolación, en su jihad, un camino hacia Dios sembrado de trampas.

Hay entonces una vuelta a la religiosidad en los países donde el islam tiene presencia, aunque no en su sentido original, porque las variables atraviesan por un mundo informado, habitado por los consumistas de la sociedad de masas, en el cual la ciencia se desarrolla a pasos agigantados, destinando los más impresionantes presupuestos sin proponerse siquiera aminorar los graves problemas de la desigualdad.

Por increíble que parezca, la racionalidad actual se vincula a una lógica religiosa hasta para entender a los asesinos en serie que el cine o la sociedad producen; es la época del predominio de los medios masivos y de su capacidad para incluir en la comunicación a la aldea más remota, pero también lo es de la búsqueda de nuevos cauces, donde lo religioso se convierte en hecho público y abandona el reducido espacio de lo privado, en el cual el hombre se desenvuelve mejor. Por todo es importante concluir que el islam no es igual a terrorismo y que éste es una expresión del mal que asume esa forma en nuestro tiempo cuando la enemistad surge de la incapacidad para aceptar la diferencia.

## Adentrarse en la historia para entender el jihadismo

Con la cerrazón del mundo árabe, después de su gran derrota, cuando los Reyes Católicos pusieron fin a la época de esplendor de esa civilización, el mundo cambió porque coincidió, además, con el descubrimiento de América. El escritor marroquí Tahar Ben Jelloum, habla así de lo sucedido:

En lugar de la filosofía que nos enseña a servirnos del método, la duda y la reflexión, que nos abre unos horizontes diversos y múltiples sólo la religión islámica. Y quien dice religión, dice creencias, es decir, falta de reflexión y duda. Se pasó, pues, de una tradición de apertura al mundo a un aislamiento, un cerrarse en sí mismo, un tiempo en ocurrir pero el resultado lo podemos ver hoy. Cuando uno es derrotado, se viven las consecuencias de la derrota durante mucho, mucho tiempo. (*El islam explicado a nuestros hijos*, Océano, Barcelona-México, 2002, pp.62-63).

Luego entonces, si la culpa es el sentimiento que cargan los cristianos según la invención de san Agustín, los musulmanes se inculpan a sí mismos por la humillación a que la historia los ha llevado. Y sin embargo, uno de ellos, el mismo Tahar Ben Jelloum explica:

...si hoy los musulmanes están mal vistos en el mundo, no siempre es por culpa de los otros, de los no musulmanes. Ellos son los que tienen que cambiar lo que es malo o lo que está enfermo en sus sociedades. Aunque los no musulmanes hayan hecho daño a los pueblos islámicos, no hay que atribuirles toda la culpa de lo que no va bien en esos países. Cada cual tiene su parte de responsabilidad (*Ibidem*, p.65).

Sin duda el escritor marroquí ha pensado en las guerras y la violencia que se enseña sobre los países árabes y anuncia las reacciones que buscaban explicar por qué se acude a la violencia bajo el supuesto de resolver sus problemas. Y, por qué se justifica invocar a la jihad, es decir, a la “guerra santa”, sino por la movilización guerrera de la comunidad musulmana para la autodefensa, o con el fin de la islamización de nuevos territorios. Con fines ofensivos o defensivos, la jihad militar es menos noble que “la gran jihad”, es decir, el trabajo por alcanzar lo más sublime de la fe, siguiendo los preceptos de Mahoma, es decir, llevar a cabo una obra por Dios. Y, en estricto sentido, en lengua árabe significa hacer un esfuerzo, alcanzar algo muy difícil, luchar contra las dificultades y superarlas para conseguir un objetivo. En el Corán la sura XXV-54 afirma: “No cedas a los infieles; pero combátelos vigorosamente con este libro”. Sí, al ser combatidas por el “libro”, que no es otra cosa que la religión, sugiere un mensaje para concitar la paz no para justificar la guerra. Es en ese mismo sentido, jihad es un nombre que puede llevar la mujer y es más reciente que puede llevarlo también un varón, aunque ya más asociados con la idea de lucha. El término apenas se menciona en el Corán, cuando sólo aparece 4 veces y jahada (cumplir la jihad) y mujahidun, que origina el término de los combatientes muhaidines, suman juntos apenas 35 menciones en los 6 235 versículos, de las 114 suras del Libro.

Ahora la jihad aparece tan a menudo en los medios que parece como si siempre hubiera estado allí. Por ello es importante recordar que en la época contemporánea el terrorismo se ha asociado con la guerra de Yom-Kippur, cuando Siria y Egipto se unieron de nuevo para atacar a Israel. Más precisamente cuando en la conmemoración su 8º. Aniversario, el 6 de octubre de 1981 fue asesinado el presidente egipcio Anuar el Sadat, precisamente por haber firmado la paz. La misteriosa organización que cometió el atentado se identificó como Jihad, la primera ocasión que el término se mencionaba en mucho tiempo. Hay que hacer hincapié en que se trató de un castigo infringido por musulmanes

contra otro creyente de la misma fe. Unos días después, el 23 de octubre, otra organización que se hizo llamar Jihad islámica reivindicó varios atentados en Beirut. Entonces, Estados Unidos había sufrido en Medio Oriente uno de sus más sonados fracasos luego de Vietnam, cuando tuvo que retirarse de Líbano.

Tiempo después auspició hasta cierto punto la jihad cuando apoyó a Afganistán en contra de la ocupación soviética. Allí comienza a surgir lo que unos años después será el régimen talibán oscurantista, adversario de los mujaidines antisoviéticos. El jihadismo de liberación va convirtiéndose en un terrorismo de vocación planetaria. El clímax pudo darlo el surgimiento de Al-Qaeda y su secuela de atentados. La invasión y consecuente ocupación por Estados Unidos y Gran Bretaña de Iraq en 2003 atacó el corazón del islam. La jihad suní nació así en el odio y la confusión frente a la ocupación de los infieles, en oposición a la jihad chií en una tierra que vive el gran cisma entre esas dos ramas del islam.

Las divisiones marcaron su devenir desde el momento en que Mahoma no dejó descendientes varones. Y sólo el califa ( o sucesor ) , el imán y sus mandatarios, tienen el derecho de proclamar la jihad. Los enfrentamientos entre los chiís y los suníes se dieron desde el principio y alcanzaron un punto de inflexión cuando, en 750, la dinastía abasida abatió el califato omeya y el centro político se desplazó de Damasco a Bagdad, dando lugar a tres siglos de problemas profundos. Vendrá luego la pérdida de Córdoba, la ciudad más poblada de entonces, y las cruzadas en el año mil.

Para el francés Jean-Pierre Filiu en *Les frontières du jihad*. (Francia, Fayard, 2005, p.11) “La potencia árabe se desarrolló con la jihad y se engrandeció con sus victorias” y nada unió más a los árabes que la conquista que, en un siglo, se extendió de los Pirineos a la India. “La jihad se convierte en un asunto de los pueblos a la medida del peligro colonial que los amenaza no solamente en sus creencias sino en sus tierras y posesiones. La Sublime Puerta pierde piso sobre el continente europeo y se revela por todas partes impotente para sostener las pretensiones del califa” (p.62)

Iraq fue la cuna del chiismo y están allí las tumbas de sus mártires. Ali fue asesinado en 661 y enterrado en Najaf y Hussein, con las armas en la mano, encontró la muerte en Kerbala. En el aniversario de su muerte, se celebra la Achoura, en el décimo día del Muharram (primer mes del calendario lunar), que recuerda el sacrificio de Hussein –nieto del Profeta- cuando los fieles se hacen azotar hasta sangrar, infligiéndose terribles heridas. Ese recordatorio fue prohibido por el régimen de Saddam Hussein en su afán de laicizar a la sociedad, de acuerdo con los objetivos del partido Baaz, algo compartido por los gobiernos de Siria, también de corte laico. La celebración del Achoura ha retomado fuerza en la vuelta de lo religioso que está teniendo lugar y que, si en Líbano no se interrumpió es por la influencia en aumento de Hezbolá identificado con el chiismo.

En la variedad de las expresiones del islam, destacan sus dos ramas principales: la del chiismo y la del sunismo, dos caminos que se iniciaron desde la muerte de Mahoma en el siglo VII. Impuesta la Sunna por sus seguidores construyeron el imperio islámico y la corriente mayoritaria, y el chiismo se estableció como grupo minoritario, con más problema aún si la ortodoxia suní llega a considerar al chiismo como disidente del islam.

El chiismo se ha desarrollado desprendiéndose de la ortodoxia suní, apoyándose en su línea mística escatológica de los doce imanes, el primero de los cuales fue Ali y el segundo su hijo Hassan; el tercero Hussein. Otros cuatro reposan en Iraq: Moussa al Kazim, el noveno Mouhammed al-Taqui al-Jawad, enterrados en la mezquita Kazimayn en Bagdad, el décimo Ali al-Hadi y el décimo primero Hassan al-Askari, enterrados en Samara. El duodécimo fue su hijo Mohammed que desapareció del mundo a los cuatro años. Transfigurado en imán escondido o ocultado el-Mahdi (el bien guiado) se ha convertido en el Esperado, el que marcará con su venida el fin de los tiempos, la restauración de la justicia divina y el castigo de los enemigos de Alá. Teóricamente la *jihād* chií se suspenderá hasta la llegada del Mahdi, el doceavo imán. Se trata, entonces, de una idea mesiánica vinculada a la tradición del judaísmo que el cristianismo también retomó y que para los suníes es una invención mítica sin relación con la ortodoxia del islam.

La frontera entre la política y la religión en la Edad Media fue, a menudo, difusa tanto en el orbe católica como en el musulmán. La separación entre suníes y chiíes en el Islam es un ejemplo, ya que procede de un desacuerdo sobre la cuestión del califato o immanato, es decir, la elección del líder de la comunidad musulmana. La Gran Discordia (655-661) fue el choque entre Muawiya, un miembro del clan omeya y Alí ibn Abi Talib, el yerno del profeta Mahoma. Los chiíes toman su nombre de la palabra árabe *chía* o seguidores de Alí. Por tanto, es en primer lugar un movimiento partidista, que no tenía el sentido religioso que se conoce ahora hasta después de su derrota política en el año 661 y, especialmente, después del “martirio” de Hussein, un descendiente directo de Alí que intentó ser reconocido como califa en el año 680. Esta fecha marca la victoria final de los Omeyas, que, a su vez, basan su sistema de gobierno en la tradición de la Sunna, cuyos seguidores son los suníes.

Se trata de dos posturas en oposición en lo que se refiere a la autoridad, unos partidarios del califato que se establecerá en la tierra y los que son partidarios del immanato con características mesiánicas ya que el doceavo imán será el último, el que llega con el fin del mundo. Una idea próxima a la del Apocalipsis de San Juan. Por un lado, una guía de elección colectiva que sucede al Profeta a la cabeza de la comunidad: su misión es mantener la paz, el orden y la justicia entre los musulmanes y por lo tanto debe ser educado en ciencias religiosas; también se supone que es de ascendencia de la tribu de Quraysh (La tribu que controla La Meca), es decir, los descendientes de la misma tribu del Profeta. Es una cuestión vinculada con la legitimidad de la autoridad y ni los suníes ni los chiíes aceptan la del otro.

La hegemonía suní se estableció en el año 661, y será el único poder político del Islam hasta el siglo décimo. Los instrumentos de poder suní son numerosos. El primer califato fue el Omeya y luego el Abasí de 750; el Califa es el órgano supremo de la política religiosa, nombra a los funcionarios y tiene el deber de interpretar y aplicar la ley de Dios. A continuación, la justicia impartida por los Cadis (jueces designados por el califa), basada en la “Sharia”, la ley islámica, y su interpretación se basa en la Sunna del Profeta y de los califas, es decir, en un caso que incluye tanto las interpretaciones que les confieren la Ley y las normas de conducta propuestas por la vida de estos jueces modelo. Es, sólo como último recurso, que el Cadí puede usar su propio juicio o la ley local para resolver una cuestión jurídica. Vemos entre los siglos VIII y X, la introducción gradual de la ley

islámica (“fiqh” en árabe) que permitirá el surgimiento de un nuevo grupo de especialistas en estudios religiosos: los Ulemas. Cuando el poder califal comienza a declinar alrededor del siglo noveno, éstos, científicos que se inspiran en la misión de interpretar la ley musulmana, afirmando la superioridad de la ley sobre la autoridad del califa, se convertirán en los titulares de la autoridad religiosa en el Islam suní.

Esta fue la rama gobernante durante más de diez siglos en detrimento de los chiís, huérfanos de califato por la ocultación del Mahdi, por lo que la jihad chií es concebida como de resistencia. Así, sufrieron persecuciones de los sunís que gobernaron en Iraq y que fueron los que organizaron la resistencia a la ocupación de Gran Bretaña cuando, por mandato de la Sociedad de las Naciones al final de la Gran Guerra, se posesionó del territorio en 1918 constituyendo un estado árabe bajo control británico. La voz religiosa se elevó en seguida cuando el ayatola Mohammed Taqui Chirazi, desde Kerbala, expresó: “Ningún musulmán puede elegir a un no musulmán para gobernar a los musulmanes”. Y en 1920 proclamó la jihad defensiva: “Los iraquíes tienen el deber de exigir la satisfacción de sus derechos y el permiso de utilizar la fuerza defensiva en caso de que los ingleses se los negaran”.

Los iraquíes mayoritariamente chiís se mantuvieron leales al gobierno suní, como lo fue el encabezado por Saddam Hussein, en una larga tradición en la región donde los sunís son quienes han gobernado por largo plazo. Y en 1980 emprendió la guerra contra Irán, donde el chiismo es gobierno, rompiendo ese arreglo histórico. Desde Iraq se le compara con los temas antipersas de la conquista islámica. Los ayatolas son considerados magos zoroastrianos para descalificarlos. Sin embargo, la represión del régimen es brutal en contra de las autoridades religiosas de Najaf y Kerbala —donde se encuentran las sepulturas de la mayoría de los mártires—, destacará la resistencia de la familia Sadr de las más influyentes y respetadas por los chiís. (Una de las batallas más tremendas de los estadounidenses será lo que se llamó Sadr City contra los chiís que infligieron fuertes pérdidas, guiados supuestamente por el Mahdi, el perdido doceavo califa).

Con la invasión de Estados Unidos, los kurdos se prestaron a formar parte de la Alianza del Norte al servicio de Estados Unidos y los chiís esperaron la caída de Saddam para reivindicar su poder. Algo que había venido sucediendo desde el conflicto con Koweit que, en 1991, le hizo perder el poder en varias provincias. No obstante, el liderazgo religioso, con mucho de político por parte de los chiís, se estableció en Irán mientras que los sunís, desde Arabia Saudí, se sostenían con todo su poder. Así, ante la República islámica de Irán, se ha venido erigiendo el califato suní que ahora pretende liderar ese grupo que los medios internacionales han coincidido en llamar Estado islámico (Daesh, en árabe, que delimita su poder a Iraq y Levante) con las consecuencias que tiene el hecho de que, para mantener el califato que han proclamado, tiene que contar con un territorio del que a la fuerza ha pretendido conformar robándole tierras a Iraq y a Siria. Es paradójico que fueron las dictaduras de esos dos países las que lograron dar un sentido fundamentalmente laico a la sociedad, alejada de las diferencias religiosas. Y ahora, es lo religioso lo que se antepone a las divisiones políticas fronterizas, borrando la idea constitutiva de los estados nación para regresar a las formas más primitivas de asociación. En el ISIS coinciden personas para quienes el concepto de nación dejó de ser importante y es una promesa religiosa lo que los une.

## El difícil camino hacia Dios

El fundamentalismo está asociado en nuestro tiempo con el espacio que ha recuperado la religión en las sociedades, pese a los procesos de secularización que han llevado a la separación de la vida civil con la vida religiosa. Aún así, Peter L. Berger piensa que lo religioso ha estado siempre presente. Puede hablarse en plural de fundamentalismos porque han estado y están asociados con el judaísmo y el cristianismo, pero el islámico ha venido a ocupar un sitio protagónico. Se define como un movimiento por "...reconstruir las sociedades sobre la base de modelos sociales probados en textos sagrados, y cuyos miembros están convencidos de que la certeza les acompaña, razón por la cual están dispuestos a ejecutar las acciones que sean necesarias para lograr sus propósitos, empezando por la eliminación sistemática de los impíos, los liberales, los ateos y los políticos modernos", afirma Carlos Alberto Patiño en *Guerra de religiones. Transformaciones sociales en el siglo XXI* (Universidad de Colombia/ Siglo del hombre editores, 2006, pp.89-90).

Trasladar esos conceptos a los procesos que han ocurrido en lo que va del siglo en diferentes países y notablemente en los de Medio Oriente no es difícil. Los fundamentalistas islámicos se han agrupado y se consideran los abanderados de la verdadera fe, con principios organizativos de la sociedad inspirados en los textos sagrados, sea la Sharía o la Sunna, según la rama del islam de que se trate. Desde esa perspectiva, se oponen a la secularización de la vida civil e incluso a los gobernantes que, por alcanzar sociedades más modernas, abandonan los preceptos de la religión. Así, la modernización no cabe en sus pretensiones de lo que debe ser una sociedad, regida por lo religioso casi exclusivamente. Se empeñan en que los niños estudien en la madraza y aprendan exclusivamente del Corán, inspiración y fuente única de conocimiento. De allí la idea del califato o del immanato para conducir el conjunto de la sociedad en lugar del gobernante civil.

Esa posición ignora a los sabios de la antigüedad que, aun siendo religiosos, desarrollaron importantes principios teóricos sobre el poder. Por eso es importante preguntarse si es posible que los mujahidines conozcan el pensamiento de Ibn Jaldun. Si habrán leído su texto de la *Muqaddima*, su gran introducción a su *Historia Universal*, escrita entre 1375 y 1379, que sabios de todos los tiempos han leído y estudiado. Muchos autores, incluso los occidentales y los contemporáneos, lo han considerado la primera teorización sobre el poder. En ese sentido, sorprende que entre sus aportaciones se reconozca que "la autoridad represiva puede cometer abusos, pero es un mal mínimo en comparación con los males mayores que resultarían de la ausencia de una autoridad de ese tipo". (Ahmed Abdesslem, *Ibn Jaldún y sus lectores*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p.26) Recuerda que para los sunís la existencia de un califa es una obligación religiosa. Para él, la obediencia debida al príncipe es obligatoria, según los textos religiosos porque de otra forma se dan las revueltas que causan graves conflictos. Y añade una frase que aún en nuestros días tiene sentido: "los súbditos tienen los



gobernantes que merecen”. (*Ibid*, p.27). Sin embargo, “la virtud del príncipe determina la virtud y la felicidad de los súbditos y que sus vicios acarrear a éstos a las peores torpezas y les causan las más grandes desgracias.”(*Idem.*) Así, el poder del califato es necesario, como sucede con las autoridades religiosas de los judíos y cristianos, quienes constituían comunidades autónomas administradas por sus guías, aunque sólo los cristianos han desarrollado jerarquías de poder.

La ética musulmana integró nociones a partir de la filosofía griega, que definió la virtud como un hábito y estableció entre las virtudes de los reyes conducirse con la razón, con la generosidad, con la ciencia, la templanza, la clemencia y el dominio de la cólera, evitando todo lo que le opone. Esa ley sapiencial contenida en los *hadices*, hoy parece algo olvidado entre quienes combaten en nombre del islam. La vulgarización de lo religioso, aunque no es exclusivo de ese mundo, sí permite entender por qué todos quienes quieren justificar la jihad, su propia guerra, recurren literalmente al Corán, un texto que respondió en su momento a las necesidades históricas para auspiciar el crecimiento de la religión y de la comunidad árabe para contener a sus adversarios. Pero en nuestros días, de acuerdo con Boris Gunjevic, hay que pensar que :

El Corán es demasiado valioso para no arrancarlo, literalmente, de las garras de los fundamentalistas. Los fundamentalistas cristianos leen el Corán como si fuera un manual para terroristas. Al leer el Corán, los fundamentalistas islámicos pretenden un control monocromático del texto, y con sus interpretaciones literales, superficiales, ultramodernas pretenden mutilarlo, con lo que todo el libro queda destruido. Todas las lecturas fundamentalistas, literales, de un texto se rebelan contra la modernidad, pero esa rebelión no se sale del campo de referencia del discurso contra el que se rebela. (“Todos los libros son como una fortaleza y la carne se hizo verbo”, en *El dolor de Dios. Inversiones del Apocalipsis*, Madrid, Akal, 2014, p. 115)

Ibn Jaldún consideró la religión como algo excepcional en la historia de los Estados porque era fundamental en una etapa determinada vinculada con su nacimiento. Decían sus intérpretes, tiempo después, que de acuerdo con su pensamiento “Las solidaridades religiosa y lingüística tienen una ventaja sobre las solidaridades tribales. Estas pueden ser factores de disgregación de la unidad musulmana o de la unidad árabe que, al contrario, la cohesión religiosa y la comunidad de lengua crean y refuerzan.” (Ahmed, *Ibid*, p.72) Era lo que convenía a los pensadores del siglo XIX cuando se referían “a la realidad histórica árabe-musulmana que había alcanzado un nivel de perfección seguido de uno regresivo”. (*Ibid.*, p.73) Pero éste podría superarse gracias al progreso, a la *nahda*, o renacimiento del mundo árabe que podía rectificar luego de fracasos y decadencia. Y habría que recordar que, durante los primeros cuatro califas, el islam fue igualitario, democrático y los musulmanes tenían libertad de opinión y expresión. Por eso ahora debía volverse a la más simple de las soluciones del mundo moderno y que prevalece en los países laicos: el político que se dedique a la política, el economista que se dedique a la economía, el artista que se dedique al arte y el religioso que se dedique a la religión.

El jihadismo de hoy se ha identificado con el terrorismo que asola principalmente a los países islámicos y en particular a los árabes de Medio Oriente, donde las

víctimas han sido mayores que las de los ataques en otras naciones. Y en su acepción más elemental, de acuerdo con lo que he señalado, se asocia con la guerra a los no-creyentes que pudo tener sentido en el siglo VI cuando Dios dio a los árabes su primer libro en prosa y se dirigió a ellos en su lengua. Y aún con la idea de conformarse como comunidad, en el *Corán* se respetaban otros credos. La sura II, llamada de La vaca, dice en su versículo 59: “Ciertamente, los que creen, y los que siguen la religión judía, y los cristianos, y los sabeos, *en una palabra*, todo el que cree en Dios y en el día final y que haya obrado bien: todos estos recibirán una recompensa de su Señor, el temor nos les alcanzará y no estarán afligidos”.

Por supuesto, ese pasaje se lo saltan quienes se dicen inspirados por la palabra del profeta y recurren, a su conveniencia, a pasajes para justificar sus acciones, incluso las que serían contrarias a la fe que supuestamente les inspira. El problema, no obstante, adquiere una dimensión político territorial extraordinaria porque se trata de la disputa por una tierra no de creyentes sino de enormes recursos petroleros. Si no, por qué el llamado Estado Islámico se establece en Basora, en el norte de Iraq, rico en petróleo y, ya en nuestros días, logran vender un millón de barriles de petróleo al día.

Sin embargo, muchos encuentran atractivo su discurso tal como lo demuestra la cantidad, sobre todo de jóvenes, que ha logrado apoyen su despropósito de un califato suní —aunque no se dice mucho— opuesto al chií cuya sede es sin duda Irán donde aparecerá de nuevo el doceavo imán. Hay desde luego, un numeroso grupo provisto por los países árabes, aunque entre los nacidos en la región hay, como es evidente, varias posturas entre los que aceptan las encuestas —hay que decir a la manera occidental— porque en la región no hay mucho interés en las estadísticas. En la séptima y más reciente Encuesta sobre la Juventud árabe (Penn Schoen Berland (PSB), que abarcó Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Qatar, Omán y Bahrein, Egipto, Iraq, Jordania, Líbano, Libia, Palestina, Túnez, Marruecos, Argelia y Yemen, realizada en 2015, arrojó tendencias de gran interés. Apenas 38 por ciento de esos jóvenes entre 18 y 24 años consideran que están mejor que antes de la primavera árabe, pero el porcentaje disminuyó respecto al año anterior que alcanzó el 54 por ciento. Y cuando aún ese proceso estaba en efervescencia, es decir en 2012, hasta el 72 por ciento pensó estar mejor.

Ahora, cuando se les preguntó cuál era el mayor obstáculo que enfrentaba Medio Oriente, la respuesta más alta, del 37 por ciento, fue: “La expansión del Estado Islámico”, seguido por “La amenaza del terrorismo”, con 32 por ciento; así que la preocupación frente a la violencia alcanzó el 69 por ciento. Fue seguido por “El desempleo” con 29 por ciento, el infaltable “El conflicto entre Israel y Palestina” con 23 por ciento. “La falta de liderazgo político fuerte” fue de 17 por ciento y “La falta de democracia” el 15 por ciento. (Ángeles Espinosa, “Los jóvenes árabes pierden la fe en la democracia”, *El País*, 22 de abril de 2015). Resulta sobresaliente el temor por la violencia pero hay que subrayar que la ausencia de democracia se desplazó como una preocupación a los últimos lugares. Claro, sin paz para qué quieren la democracia. Se podría decir que la desesperanza tiñe el resultado, sin embargo, lo más significativo es que de acuerdo con sus valores, la democracia no es una de sus preocupaciones centrales y les preocupa más la ausencia de liderazgo.

Desde luego esos jóvenes son parte de quienes se agrupan en la cotidianidad y viven los procesos sociales en el marco de lo institucional. Así que no se sabe mucho sobre los jihadistas nativos y en cambio; se ha logrado acercarse al fenómeno de los que proceden de otros países para engrosar las filas del Ejército Islámico. Esos jóvenes, cuenta *El País* (7 de junio de 2015), son de origen diverso. Son, por ejemplo, los procedentes de Holanda; se dice que 180 de ellos se encuentran entre Siria e Iraq y se calcula que en 2015 sumaron 21 muertos. Casi todos poseen la doble nacionalidad, el 56 por ciento son de origen marroquí, 9 por ciento de origen turco, nativos el 18 por ciento y 5 por ciento eran extranjeros. Los 117 varones tenían un promedio de edad de 25 años y, de las 23 mujeres, el promedio era de 21 años.

Radicalizados sin el conocimiento de sus familias, según un estudio de la policía, afirma que de los 140 casos analizados, un 60 por ciento tenía problemas psíquicos y una quinta parte eran esquizofrénicos. Lo cual rompe la versión más generalizada de jóvenes seducidos por el islam. La mayoría de los jihadistas holandeses proceden de familias conflictivas o rotas. (“Problemas de comportamiento y desórdenes entre los radicales de las fichas policiales”, trabajo realizado en 2014. Researchgate. Net, *El País*, 7 de junio de 2015). No obstante, muchos otros estudios niegan que exista una patología psíquica en los jihadistas y más bien los consideran en el rango de la normalidad.

En cambio, jóvenes jihadistas detenidos en Cataluña, hablaron de su proceso de conversión: “Yo me convertí antes, pero Jacob entró en el islam en un momento en que el Estado Islámico avanza y sale mucho en la televisión”. Y entre sus palabras, sin temor podía decir: “Sabes que morir en nombre de Alá no duele, que es como un pellizquito”. Inspirados en la Sunna, puede decir que aunque rechaza a los infieles, no cree que deban morir. Rechazan la música como el régimen Talibán porque “es odiosa porque apela a los sentimientos y daña el espíritu” y es, además, “la flauta de satanás”. (*El País*, 2015)

El Ejército islámico recluta seguidores por todas partes, se afirma que sus componentes proceden de muy diferentes países. Esto se ha confirmado por los que llegaron a Siria desde que inició el conflicto, procedentes de Europa y hasta de Estados Unidos. Pone particular atención en las mujeres porque, como dice una de ellas que llegó a Siria en 2013: “[...] el nuestro es un proyecto patriótico, el nacimiento de una nación y nosotras somos las madres de la patria”. Son mujeres muy jóvenes que se han familiarizado con el Califato por todas las redes sociales: Twitter, Instagram, Facebook, Youtube. Ese universo cibernético ha resultado fundamental en el reclutamiento y no hay país donde no denuncien las familias la desaparición de sus hijos. En Inglaterra 20 familias han realizado ese tipo de denuncias, pero las autoridades consideran que hay otras 40 cuya desaparición no se ha mencionado. En Alemania se calcula que 100 mujeres están ya en el EI. Los ingleses sostienen que la cifra de esas jóvenes mujeres en el Califato puede ser ya de 550. Pero la cifra más importante es de varones que, procedentes de Europa, pueden ser 6 mil, afirma Loretta Napoleoni. Los sitios de internet vinculados con el Califato para fomentar las relaciones de pareja, ofrece vivienda y 1 200 dólares de dote (*El País*, 4 de mayo de 2015).

De toda esta información, puede verse que las estrategias no parecen exclusivas de esa parte del mundo, hay mucho más de los valores occidentales en todas esas artimañas.

Pero de quién o quiénes ¿solamente de los conversos? O más bien de musulmanes educados en Europa o Estados Unidos o si no, cómo explicar el uso tan eficiente de las redes sociales y, en general, de la tecnología. Al analizar con cineastas los vídeos que suben a la red, me han afirmado el empleo de las mejores técnicas cinematográficas, además de ser de las más caras. Suelen usar varias cámaras para mostrar cualquiera de sus acciones en los ángulos más estudiados. Lo que, por lo demás, en ocasiones hace pensar en montajes. Es decir, hechos falsos contruidos justo para lograr lo que han logrado para difundir el miedo en Occidente y en sus propios países. Lo cual no se traduce en que lo hacen mal, porque lo hacen de manera muy articulada.

El islam se diferencia del cristianismo por su desierto genealógico porque excluye a Dios de la lógica paternal, Alá no es un padre ni siquiera simbólico. Siguiendo la idea de Slavoj Žižek, “Dios interviene precisamente en los momentos de suspensión, abandono. Fracaso o “supresión” de la función paterna (en los que el padre biológico abandona a la madre o al niño o no le presta la menor atención). Eso significa que Dios permanece en el ámbito de lo imposible-Real: es lo imposible-Real al margen del padre, con lo que se establece un desierto genealógico entre el hombre y Dios”.(Una ojeada a los archivos del islam, en *El dolor de Dios: Inversiones del Apocalipsis. Op cit*, p.91)

Por ello en el islam ya no es posible formar una comunidad (aun cuando ISIS lo pretende). Y ese carácter de orfandad presente ya en el islam suní, atrae a un conjunto de “jóvenes desprovistos de una red de seguridad familiar”. Así que se puede ver en el islam la combinación de “lo mejor y lo peor”, porque Žižek no encuentra un principio de “institucionalización” lo cual lo hace vulnerable “al poder estatal”. Así, “la “politización” directa se inscribe en su propia naturaleza, y esta superposición de lo religioso y lo político se puede alcanzar, o bien mediante la apropiación por parte del Estado, o bien mediante la creación de comunidades *contrarias al Estado*.”

Según Gunjevic “El Corán es algo más que un manifiesto político, como el islam es algo más que un manifiesto político. Dios no se hace carne, como en el cristianismo, sino que su palabra “se hace libro”.(p.11) El islam hereda el sentido de los textos apocalípticos del judaísmo (Amós, Jeremías o Jonás) incluso el mesianismo que se expresa más en el chiismo con su teología de los doce imanes.

El islam fue una revolución en Medio Oriente

que limpió e iluminó el alma de los árabes con un Uno abstracto, convirtiéndolo en sujeto absoluto de conocimiento y propósito único de la realidad. A diferencia del judaísmo, en el que Jehová es el único dios de un solo pueblo, el dios del islam es el dios de todos. No hay raza, linaje, distinción de casta, derecho político basado en el nacimiento ni posesión que legitimen la primacía de los privilegiados...

La imagen del islam como ideología violenta que trasciende la teología, la ley y la política puede interpretarse en virtud de los acontecimientos ocurridos tras la muerte del profeta. Tres de los cuatro califas murieron pérfidamente asesinados por antiguos partidarios. ¿No estamos ante un claro indicio de la violencia intrínseca a la comunidad islámica en sus orígenes? (Gunjevic, p. 121)

Termino con otra pregunta

## ¿Cómo se puede burlar ese destino?

Las preguntas lejos de ser conclusivas llevan a nuevas reflexiones porque el terrorismo asociado al jihadismo ha asumido muy diferentes expresiones. No hay nada más complejo para el pensamiento occidental que lo que escapa a lo homogéneo, la diversidad siempre desconcierta. Entre los responsables de los atentados pueden distinguirse ahora varios perfiles, primero fueron hombres, luego aparecieron las mujeres y finalmente los niños. En el inicio eran exclusivamente los nacidos en el amplio espectro del mundo árabe musulmán, después fueron los nacidos en Europa descendientes de inmigrantes que habían recibido educación europea. Primero fueron quienes procedían de una extracción social de bajos ingresos, pero luego se involucraron algunos pertenecientes a familias de posición e incluso con estudios universitarios.

Todos coinciden con un tiempo de escasas expectativas, de rupturas con el mundo anterior. El terrorismo jihadista se relaciona necesariamente con la búsqueda de los países poderosos de una nueva correlación que permita su adscripción al mundo posterior al neocolonialismo. La intervención decidida de Estados Unidos en Iraq en 1991 estableció otros parámetros para la relación que establecería en esos países con el señuelo de los ricos yacimientos de hidrocarburos y Koweit bien valía la pena, había que evitar su control por un dictador árabe como era Saddam Hussein.

Medio Oriente ya no se definía solamente por la relación con Israel y la humillación histórica que la creación de ese Estado había reforzado. Así como Occidente está marcado por la culpa post adánica, el Oriente cercano carga con la humillación de haber sido imperio y pasar luego a la sombra de la historia. Mucho se ha escrito sobre el largo periodo que va del abandono del Andaluz a la caída del Imperio otomano y el consecuente reacomodo de los territorios de donde emanó la luz de la ciencia, la sabiduría y el arte influyendo sobre toda la cuenca del Mediterráneo.

Ahora, asociado con la organización de los países hegemónicos Occidente buscó que el otro se condujera a su imagen y semejanza. De allí la estrategia del final del siglo xx donde el imperialismo se justificó por la necesidad de llevar la democracia y sus formas de vida social a los lugares más remotos. Los países árabes habían dado un enorme paso en ese sentido cuando, después de la Primera Guerra Mundial, el laicismo significó el abandono de prácticas ancestrales. El sultanato, parte sustantiva de su sociedad, fue abolido en el afán de separar la autoridad civil de la religiosa. Se distinguieron países como Turquía que, no siendo árabe, sostuvo su imperio sobre los cimientos de las naciones árabes. Asimismo Irán, tampoco árabe, con el régimen del sah, separó igualmente las dos esferas de poder. A esa tendencia se sumaron con una cierta expectativa socialista el Egipto de Nasser y los regímenes del partido Baz en Iraq y en Siria.

Las sociedades de la región cambiaron sus hábitos tradicionales para acceder a la modernidad, la que quería Occidente; y la influencia de la Rusia soviética fue definitiva porque como régimen autoritario fue recibido con mayores afinidades. Fue fundamen-

tal su apoyo en el nacionalismo árabe que en la segunda mitad del siglo xx marcó a la región con el liderazgo de Gamal Abdel Nasser. Luego, la Siria de la dinastía de la familia Assad fue de los regímenes más favorecidos. Algo, sin embargo, falló en la relación con Afganistán y los soviéticos se enfrentaron a una realidad que, como resultó obvio, no pudieron manejar.

No es a través de las influencias extranjeras como puede explicarse el surgimiento del jihadismo contemporáneo, sino de las rupturas sociales y culturales que sucedieron. Las sociedades árabes cambiaron internamente cuando el poderoso ejército de Estados Unidos decidió ser la avanzada de un supuesto proceso de democratización de la región. Iraq fue el objetivo por razones estratégicas; la guerra y posterior ocupación rompió los equilibrios internos que había permitido que se hablara del islam como un todo unificado, sin distinciones religiosas entre suníes, chiíes, alauís, fatimíes ni étnicos como los kurdos, los árabes, etcétera, pero siguió la desagregación como los feudos del mundo actual que ISIS busca unificar.

Con su vocación imperial, el gobierno de Estados Unidos no consideró la situación cultural de Iraq, en particular la religión en el fundamento organizacional. Durante siglos, no solamente ese país, sino la región fue gobernada por la rama suní del islam que no solamente constituye la mayoría de quienes profesan esa religión sino que tienen la mayor experiencia de gobierno. Sin embargo, Iraq es cuna de la otra rama del islam que es la que se agrupa en la Chía. Por supuesto, y pese a todo lo que se puede atribuir al imperialismo, ignoró o simplemente no supo ver lo que eso implicaba. Luego de la cruenta guerra que encabezó allí desde 2003 causando varias centenas de millares de muertos, pretendió que el orden en el país consistía en un cambio, no de régimen, sino del grupo que debía encabezarlo.

El gobierno se organizó con alianzas entre chiíes y kurdos, desplazando a los suníes. Con el desequilibrio causado se manifestaron las diferencias religiosas que habían permanecido ocultas para el amplio paraguas del islam; se podía ser suní, chií, alauí, fatimí sin diferencia, todos eran musulmanes. Incluso habían terminado por aceptarse prácticas religiosas que resultaban demasiado primitivas como la Al shura del chiismo que implica el castigo corporal en recuerdo de la muerte de Hussein, de la estirpe de los sucesores de Mahoma. En cambio, el Ramadán unificaba identificando y uniendo a unos y otros.

De la guerra en la región surgió una sociedad más dividida que volvía al comienzo cuando los árabes buscaban su sitio en el mundo. Así, parecía que las guerras debían reeditarse colocándose, en un lado, los defensores de la ortodoxia de los partidarios de la Sunna, en el otro, la palabra del profeta y sus intérpretes con la Chía o partidarios de Alí. Arabia Saudí se colocaba en el extremo defendiendo la primera, y en cierto grado Iraq, la segunda, aunque Irán asumía el liderazgo del chiismo. Quienes abogan por un califato terrenal aquí y ahora, en contra de quienes el Madhi, esa suerte de Mesías, tendrá que regresar; lo que en cierta forma como en el judaísmo y en el cristianismo, hace suponer que ese día ya no será preocupación de los humanos porque habremos pasado ya al otro tiempo.

Mientras tanto, esa escatología escapa a quienes solamente buscan infligir el mayor daño posible al otro, con el que no quieren compartir gustos ni valores. Las acciones

del Ejército islámico han buscado la destrucción de lo más apreciado y así se vislumbra en Occidente, olvidando que ha sido mayor el costo en vidas humanas entre los mismos musulmanes. Proceso comprensible solamente en la inmersión de una historia tan compleja marcada por la humillación.

¿Eso será suficiente para explicar el mal que en su variedad de expresiones, se extiende como una sombra sobre el mundo? Desde luego que no, pero acercándonos al conocimiento de la matriz que lo engendra quizás se pueda hacerle frente. Y hay que recordar que lo que se ve no es el problema sino todo lo que está en la base de sus manifestaciones.











*El camino hacia Dios*

*está sembrado de trampas*

*o el mal de nuestro tiempo*

de Carlos Martínez Assad

editado por el Programa Editorial

de la Coordinación de Humanidades de la UNAM,

se terminó de imprimir

el 13 de septiembre de 2016

en Nombre de la imprenta

Dirección de la imprenta.

La tipografía se realizó en tipos Minion Pro

de 11:14 y PT Sans Narrow 26:34 puntos.

Se tiraron 2000 ejemplares impresos en Offset

en papel Bond de 120 gramos.

Para los forros se usó

Cartulina sulfatada de 12 puntos.

La edición estuvo al cuidado de Francisco Noriega

